

CONTESTACIÓN
de
DON MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Señor Director:

Señores:

Sobre la honra que me discierne el Instituto, es para mí motivo de especial complacencia dar la bienvenida académica al Dr. Diego Carbonell, elegido para ocupar la Silla dos veces vaca por muerte de Laureano Vallenilla Lanz y Esteban Gil Borges.

Y me complace sobremodo ser portavoz de la Academia para festejar el ingreso de persona de los dilatados méritos del Dr. Carbonell, por cuanto ello me depara ocasión de evocar el tiempo feliz y ya lejano de mi vida universitaria, cuando nuestro flamante colega, empujado de espíritu ampliamente generoso, ofreció a mi inquietud juvenil la tribuna libre de la ilustre casona de San Buenaventura de Mérida, regida por su recia mano de timonel de la cultura.

Carbonell, acabado de regresar de Europa con las alforjas llenas de ideales y proyectos, se presentaba a la Metrópoli andina como una verdadera revolución. En la vieja ciudad de Rodríguez Suárez perduraba la pátina colonial: severas las costumbres, mantenían aún la rigidez teologal de los buenos tiempos en que era celebrado, como hecho de urbana trascendencia, el arribo, sobre gruesas muías arreadas de plata y terciopelos, de los Canónigos con Cédulas de España y en que las disputas de los señores eclesiásticos rompían el silencio de la vieja Catedral para expandir por la ciudad aires de bandería. Habían desaparecido clarisas y agustinos, mas, el espíritu claustral se mantenía adherido a los viejos portales y a las herméticas ventanas de las casas de su empingorotado señorío. Tal era el silencio y la quietud de la urbe, que el transeúnte percibía en la noche, tupida de neblina, el ruido del agua subterránea que primitivo acueducto llevaba al través de la ciudad. Ha corrido apenas un cuarto de siglo y parece ya conseja la historia de aquella vida merideña de los días de Carbonell: el progreso, que llegaba sobre el tardo lomo de las bestias, carecía de fuerza para destruir la abulia fomentada por las enquistadas costumbres coloniales, contra las cuales embotaron sus lanzas los intrépidos jóvenes de "Génesis". El frío de las vecinas cumbres nevadas parecía que mantuviese los espíritus en un estado de profunda indiferencia, con que iba a contrastar el ánimo fogoso del nuevo Rector.

Junto a una dura labor de organización en lo material y lo didáctico, discurrieron, al impulso del recién llegado, días de inquietud y de escándalo que pusieron al mismísimo Señor Silva, ilustre entre los mayores mitrados de Venezuela, en trance de usar el terrífico recurso de los Cánones contra la corriente irrespetuosa que partía de la mera imprenta universitaria y de la propia tribuna del Paraninfo, antaño teatro de unciosas prácticas. Carbonell movió, según es ley en estos casos, el espíritu rebelde del estudiantado y, como la política estaba postergada a últimos planos, fueron religiosas las arenas excogitadas para la lucha contra lo que mirábamos como supervivencia de una época llamada a sufrir la natural transformación de los tiempos; y se denigró a España, se escarneció a la Iglesia, se blasfemó de Nuestro Señor Jesucristo y hubo quienes defendieran a Judas y a Pilatos. Entre los jóvenes que corearon al Rector en su obra de agitación intelectual y de lucha contra lo que lucía como valores muertos, este servidor que os habla, tomado el espíritu de las

doctrinas del positivismo, figuró en plaza delantera, que le atrajo censuras y le concitó las murmuraciones del poblado.

Por ello, evocar la obra universitaria de Carbonell en Mérida significa para mí evocar la época más tormentosa de mi vida intelectual, cuando seguí ideas y alabé teorías que después he combatido con el mismo fuego puesto en su profesión; mas, el hecho de haber rectificado y corregido conceptos y doctrinas no empecé, como creyeran otros, para recordar sin sombra de rubor aquellos tiempos de devaneos filosóficos y para que agradezca siempre el bien intencionado espaldarazo que me daba Rector con nombre ya ilustre en nuestro movimiento cultural.

Hoy, cuando los años han dejado en nuestras cabezas nieve semejante a la de los abruptos picachos andinos y cuando hemos templado el vano afán de revolver y de innovar, otras disciplinas nos juntan de nuevo en esta casa, donde el reposo tiene asegurado sus derechos. Lleno de títulos y merecimientos, después de una proficua labor en el rectorado de nuestra Universidad caraqueña, de una larga y brillante carrera diplomática en Europa y en América y con copia de libros, donde a la par de la investigación médica, campea el criterio zahorí del historiador, Diego Carbonell viene a sumar su perdurable inquietud de obrero de la cultura a la tarea silenciosa que realiza nuestra Academia.

Y esa inquietud la pone de resalto en el difícil paralelo que acaba de hacernos entre la obra de los insignes desaparecidos, cuya Silla viene allendar con lustre cierto. Fue Laureano Vallenilla Lanz, con Alvarado y Ángel César Rivas, uno de los más vigorosos representantes de las teorías deterministas en nuestros estudios históricos, con cuyas conclusiones se enfrentó denodadamente a los métodos de la escuela romántica, en que se mantuvieron nuestros viejos historiadores. Por lo contrario, Esteban Gil Borges representó la reacción contra el positivismo, "que proclamaba el triunfo de los hechos sobre las ideas, y excluía del rango de los valores científicos los conocimientos no verificables por la experiencia". El uno investiga con frío temperamento materialista nuestro fenómeno histórico y, tras agudas observaciones, fundamentadas en la herencia, el medio y el tiempo, concluye en declarar la insuficiencia de nuestra sociedad para gobernarse por instituciones libres; es decir, Vallenilla Lanz niega posibilidades a las ideas como elemento orientador, para dejar al hecho, a la tuerza, a las taras sociales, al fatalismo sociológico, en fin, el encargo de regir la comunidad. De ahí su teoría de "El Gendarme Necesario", de tan peligrosa interpretación, que le valió títulos "per essere da noi considerato uno spirito squisitamente fascista", según escribe Paolo Nicolai en el prólogo de la versión italiana de *Cesarismo Democrático*.

Gil Borges toma opuestos rumbos: él creyó en la fuerza permanente del espíritu, él no dudó del poder salvador de las ideas. No fue, empero, el suyo un idealismo abstracto, que lo llevara a negar la eficacia de la metodología experimental. Fue un idealismo ajustado a los reclamos de la verdad científica, con el cual quiso infundir un aliento de fe nueva en los derechos del espíritu. Él consideró la justicia como la sola fuerza llamada a regular el comercio de los hombres y toda su vida la consagró a estudiar los medios capaces de hacer práctico un sistema que mantuviese el equilibrio, no ya de las personas entre sí, sino de los grandes grupos humanos constituidos en estados libres y autónomos.

Historiador de hechos, Vallenilla Lanz los desmenuzó sobre el propio documento, con aquel su fino criterio de experimentador y, frente a nuestra retrasada realidad social, adoptó el criterio pesimista que lo llevó a negar eficacia a las instituciones para modificar el medio humano. En las manos de Gil Borges flameó la bandera opuesta: creyó que las instituciones podían renovar los propios estratos retardatarios y orientar el proceso social.

El uno representó, con una sinceridad que lo honra tanto como su gran cultura, el realismo crudo como expresión de lo político; el otro concretó la imagen del Apóstol que siembra ideas en espera de cosechar contra la propia esperanza. En el diálogo permanente entre Vargas y Carujo, Vallenilla Lanz, abastado de razones históricas y afincado en la fenomenología materialista, tomaba el partido del reformista, cuya inquietante figura, dicho sea de paso, espera un estudio severo que revalore sus contornos, mientras Gil Borges, acaso románticamente, seguía pensando con Vargas que sí pueden los ideales de justicia y el ejemplo de la virtud ser guías de la sociedad.

Señor:

Bien pesó el Instituto vuestros títulos cuando os invitó a sentaros a su mesa de trabajo. Por demás estaría el que ponderase uno a uno vuestros medulosos trabajos de crítica histórica. Largo sería el recuento que, comenzando con vuestro atrevido ensayo sobre "Psicopatología de Bolívar", viniera a acabar en vuestros recientes trabajos sobre las Escuelas Históricas de América, sin dejar a un lado vuestras exégesis de O'Leary y Abreu y Lima y vuestros magistrales estudios sobre varios personajes de nuestra Historia Patria. Bien conocido es vuestro nombre, no sólo de Venezuela, pero también del ancho mundo americano. Quedaría mi intento de alabaros tan baldío e inútil como los esfuerzos de quien pretendiera llevar mochuelos a la propia ciudad de Palas. Por derecho propio entráis en esta casa, donde erais esperado con ansia jubilosa.